

norteamericanos son descendientes de los asiáticos; y de esa éra primitiva dice que no quedan hoy más que unos cuantos nombres propios, como Sonoma, Napa, Potaluma, etc.

“La segunda éra, que es la de la dominacion española, la cuenta desde el 11 de Abril de 1769 en que llegó á San Diego el bergantin “San Antonio,” con los primeros hombres blancos que iban á establecerse allí, y eran frailes franciscanos misioneros y unos cuantos soldados que los acompañaban.

“Pone por término de esta segunda éra y principio de la tercera la proclamacion oficial de nuestra independencia en Monterey, capital del territorio, el 9 de Abril de 1822. Da una idea general del estado del país durante esta éra, bajo el dominio de México, y hace mencion de los nombres de los cabezas de familias principales en aquella época; familias, en su concepto, demasiado numerosas, siendo en efecto notable, entre otros, el ejemplo que cita de una anciana llamada Juana Cota, que dejó vivos al morir, quinientos descendientes. Los demás nombres que cita y que bien merecen recordarse entre nosotros, por el interes especial que inspiran aquellos antiguos hermanos nuestros, son los de Ignacio Vallejo, Joaquin Carrillo, José Noriega, José Maria Pico, Francisco Sepúlveda, José María Ortega, Juan Bandini y otros descendientes de éstos en una segunda generacion. Esta éra del dominio de México termina con la ocupacion por los americanos de la que nosotros llamábamos Alta California, respecto de cuyo suceso dice nuestro autor, que poco despues de la primer batalla en el Rio Grande, se ordenó por el gobierno americano se levantase en Nueva-York un re-

gimimiento de hombres comprometidos á permanecer en California despues de la guerra, como fundadores de un nuevo país, sin cuyo requisito no debian ser admitidos. Esto prueba la muy deliberada intencion de aquel gobierno, desde el principio de la guerra, de apropiarse aquel país decididamente.

“El 6 de Marzo de 1847 llegó á él aquella expedicion militar, y el 19 de Enero de 1848 se hizo el descubrimiento del oro, un mes ántes de que se firmase el tratado de Guadalupe, y cinco y medio meses ántes de que la paz fuese finalmente proclamada, y reconocido por México el título americano de California. En Noviembre de ese mismo año se formaron en los Estados-Unidos las expediciones que, de cerca del Atlántico por el Cabo de Hornos, y del Valle del Mississippi á través de las Montañas Rocallosas, se lanzaron á buscar oro, dice Hithell, en aquel remoto Eldorado, en una tierra desconocida á la geografía, en un océano desconocido al comercio.”

“Hé aquí á continuacion cómo habla de una de esas expediciones:

“Yo fui uno de los que formaban aquel ejército de 20,000 hombres, sin organizacion, que en Mayo de 1849 acampaba en las orillas del Rio Missouri, entre *Councill Bluffs* é Independencia, en marcha para la tierra del oro. Pocos tenían animales de carga ó mulas de tiro: la mayor parte teníamos tres yuntas de bueyes, y tres hombres y un carro con provisiones para un año, como que no había entonces capital para las minas, ni sabíamos cuándo llegaríamos á encontrar alguna refaccion. En cuanto á los hombres, éramos la flor y nata del Oeste, casi todos jóvenes, activos,



“ sanos ; muchos, bien educados: todos llenos de esperanzas  
 “ y entusiasmo. En nuestras ilusiones durante el día y en  
 “ nuestros sueños en la noche, nos imaginábamos dueños de  
 “ tesoros más espléndidos que aquellos que deslumbraban  
 “ la vista de Aladino. Nos comparábamos á los Argonautas,  
 “ al ejército de Alejandro al marchar á conquistar la Persia,  
 “ ó á aquellos hombres de las Cruzadas. Nuestro entusiasmo  
 “ estaba sostenido por nuestro número. El camino, en toda  
 “ la extension que podia abarcar la vista desde las más altas  
 “ montañas, era una línea de hombres y de carros: en la no-  
 “ che las fogatas parecían como las luces de una ciudad si-  
 “ tuada sobre una colina. Nuestras más brillantes esperan-  
 “ zas en nada disminuían, á medida que avanzábamos en  
 “ nuestro viaje: no olvidábamos, ni dudábamos alcanzar la  
 “ recompensa de las molestias y el cansancio que sufríamos  
 “ diariamente. La extensa marcha de dos mil millas que ca-  
 “ si todos hacíamos á pié, porque no había lugar en los car-  
 “ ros; el paso á vado de frias y rápidas corrientes; los con-  
 “ tinuos preparativos de defensa por las falsas alarmas de  
 “ ataques de los indios; la fastidiosa guardia del ganado en  
 “ la noche; las largas travesías por el desierto; el calor so-  
 “ focante y más sofocante todavía el polvo de aquellos llanos  
 “ alcalinos; la fatigosa subida á las montañas, que parecían  
 “ tan escarpadas que ni sabíamos cómo podían traspasarlas  
 “ nuestros bueyes, todo esto era sobrellevado por nosotros,  
 “ si no alegremente, al ménos sin pesar de haberlo arrostra-  
 “ do. Yo puedo mencionar, pero no describir, la ansiedad  
 “ que nos causó el que un tramo de desierto que creíamos  
 “ de cuarenta millas, resultase mucho más largo, y que un  
 “ hombre que encontramos nos asegurase que él había pene-

“ trado más allá de aquel punto treinta millas y no había halla-  
 “ do ni muestras de agua ni de pasto. Nuestros bueyes esta-  
 “ ban rendidos y recorrer tal distancia era impracticable. Na-  
 “ die, que nosotros supiéramos, había pasado jamás por aquel  
 “ camino, ni teníamos guía alguno. Continuamos, sin embar-  
 “ go, y encontramos dos familias: llorando los hombres, las  
 “ mujeres y los niños, sus bueyes muertos y ellos mismos  
 “ sin esperanza de socorro; pero apresurando nuestra mar-  
 “ cha, á la mañana siguiente, nosotros y aquellas desgra-  
 “ ciadas familias acampábamos en un oasis, y se jugaba y se  
 “ bailaba despues de tanto sufrimiento. Tampoco puedo des-  
 “ cribir la delicia con que desde la cumbre de la Sierra Ne-  
 “ vada descubrimos el lejano Valle de Sacramento, entre  
 “ los rayos de oro del sol poniente.

“ Nosotros habíamos venido en busca del oro, y casi to-  
 “ dos los que vinieron por tierra se dedicaron á las minas.  
 “ Aunque no hicimos tanto como esperábamos, encontra-  
 “ mos, sin embargo, los placeres admirablemente ricos. No  
 “ era raro que un hombre solo sacase quinientos pesos en  
 “ un día, ó que dos ó tres trabajando juntos, dividiesen el  
 “ polvo que habían juntado en la semana, midiéndolo en  
 “ bandejas. Pero no estábamos satisfechos: otros habían  
 “ ganado más: nosotros no habíamos ganado lo suficiente.  
 “ Penetramos en los terrenos ocupados por indios de guer-  
 “ ra, y encontramos placeres que podían habernos hecho  
 “ millonarios; pero en medio de nuestro negocio quedamos  
 “ sin provisiones, teniendo que vivir por algunos días con  
 “ yerbas y bellotas sacadas de los agujeros de los árboles en  
 “ que las habían puesto los pájaros *picamaderos*. Por algunos  
 “ meses no dormimos bajo de techo ni vimos casa alguna,



"y lo peor de todo fué que nuestros placeres, que tan léjos y  
 "con tanto peligro fuimos á encontrar, nos dieron al fin un  
 "desengaño. No eran tan ricos como imaginábamos, la agua  
 "faltaba y no éramos suficientes en número para sostener  
 "una guardia en todos aquellos puntos contra los indios.  
 "Todas estas cosas las sufrí en mi persona, y mi experien-  
 "cia quizá fué ménos llena de accidentes que la de la ma-  
 "yor parte de los trabajadores mineros. Los gastos, el tiem-  
 "po empleado en viajar y emprender, y la privacion de las  
 "dulzuras y de las comodidades de la vida, hicieron pensar á  
 "muchos de nosotros en que era preferible ganar el oro por  
 "otros medios, que trabajando en los placeres. Abandona-  
 "mos las minas. Nuestros brillantes sueños de hacernos  
 "millonarios lavando las tierras de la Sierra Nevada, se di-  
 "siparon totalmente, y tampoco habíamos hecho gran for-  
 "tuna en otra línea segun nuestra clase; y de aquellos que  
 "la habían logrado, no pocos volvieron á perderla. Sin em-  
 "bargo, cuando volvemos la vista veinte años atrás, no nos  
 "lamentamos de haber sido peones trabajadores. Pedimos  
 "á California que nos llenase á todos las bolsas de oro; y  
 "si bien no accedió á nuestra demanda, nos dió en cambio  
 "un hogar querido, un alegre y brillante cielo, un suelo fér-  
 "til, un país delicioso, un clima propio para todo vigoroso  
 "desarrollo, la sociedad del pueblo más emprendedor é in-  
 "teligente y un sitio adecuado para una gran ciudad y para  
 "la concentracion del comercio y la riqueza de la costa. Nos  
 "dió la mayor abundancia relativa de oro conocida en el  
 "mundo: presentó en unos cuantos años un progreso que  
 "en cualquiera otra parte hubiera requerido un siglo: nues-  
 "tros negocios han tenido una actividad sin igual y nuestra

"vida ha sido una rápida série de fuertes sensaciones. Una  
 "gran riqueza nos ha rodeado á todos, sin haberla alcanza-  
 "do; y si muchos de nosotros no hemos sabido el momento  
 "preciso de lograrla, hemos estado sin embargo por algu-  
 "nos años interesados en cazarla, y quizá la activa excita-  
 "cion de la empresa nos ha proporcionado más placer que  
 "el que hubiéramos gozado en poseerla. Muchos de nos-  
 "otros han vuelto á los Estados del Este con la intencion  
 "de hacer allí sus casas; pero ha fallado completamente su  
 "empresa. La vida allá era una rutina vulgar é insípida:  
 "una vez acostumbrados al movimiento de especulacion de  
 "California y á la cordialidad de esta sociedad, no podíamos  
 "vivir sin ella.

"Por algun tiempo no pudimos pensar ni hablar de esto  
 "en familia. Habíamos partido con la expectativa y la pro-  
 "mesa de un pronto regreso. Cuando por primera vez vi-  
 "mos las oscuras montañas y los desnudos llanos de Cali-  
 "fornia en 1849, no nos ocurrió que jamás nos fuera preciso  
 "vivir allí. Nada había aquí que excitase la ambicion mas que  
 "el oro. Nuestras madres, nuestras hermanas, nuestras es-  
 "posas, todas nuestras prendas del alma, permanecian en  
 "los Estados" y de año en año diferíamos volver á su lado.  
 "Ellas, privadas por las injustas y opresivas reglas sociales  
 "de una suerte semejante en el curso de la vida, esperaban  
 "que volviésemos á acompañarlas y asistirles. El afecto de  
 "un millon de familias á través del mundo civilizado, estaba  
 "fijo sobre California por tales lazos. El pesar causado por  
 "estas separaciones y los disgustos que resultaban de muchas  
 "causas, eran demasiado grandes.

Aquí inserta el autor una composicion poética escrita



por Mr. Akers, expresion de las ideas y sentimientos que acaba de indicar y que prosigue explayando despues de esta insercion, y luego añade:

“La alza repentina de la produccion del oro hasta la cantidad de sesenta millones de pesos; la excitacion en Kern River, Fraser River, Washoe y White-Pine; el comité de vigilancia; los grandes incendios é inundaciones; el desarrollo de nuestra agricultura y horticultura sobresaliendo por su excelencia en algunos ramos; la introduccion del Panamá y de los estímbotes del rio; la construccion del ferrocarril de Panamá; el establecimiento del *poni express*, de la línea de diligencias, del telégrafo tras-continental y de la línea de vapores tras-Pacífico, y al último de todos la conclusion del ferrocarril del Pacífico, todo esto hace época en nuestra vida. En la conciencia y en la memoria de todos los trabajadores, por pequeña que sea para otros su importancia, la historia del “Estado” desde su llegada á él, es una parte importante de su historia personal. Dificilmente podian ver algunos de nosotros la prominente monjona entre Shasta y San Bernardino, sin recordar que está asociada á algunos interesantes accidentes de su propia vida.”

“Despues de dar una idea de los atractivos de la vida en California y de enumerar las ventajas que progresivamente ha adquirido, concluye Mr. Hithell su prólogo citado, con una entusiasta apología de aquel país y de los trabajadores ó *peoneers* que lo poblaron despues del descubrimiento del oro, y compara á éstos ventajosamente con los conquistadores de México, llama á aquel suelo “la Italia del Nuevo Mundo,” y dice que los descendientes de los Godos, de los Ván-

dalos y los Hunos que aniquilaron la civilizacion de Italia bajo su barbarie, y de los Germanos, los Francos y los Españoles, cuyos campos de batalla favoritos fueron por algunos siglos las llanuras de Lombardía y de Nápoles, vendrán, no á pelear con las armas con los californienses, sino á competir con ellos en las artes.”

Ufano al extremo quedé con las apuntaciones sobre el libro de M. Hithell, las comuniqué á Gomez del Palacio, mi consejero predilecto y mi maestro en mucho, y me dijo:

—Yo habia notado esa falta, y aquí tengo otras apuntadas; pero tú has emprendido la tarea de escribir sobre el lomo de un venado cuando va corriendo á todo escape. Mira este apuntito.

Y sacó una tira de papel de su cartera; leyéndola, me dijo:

—Te falta amplificar lo que escribiste sobre los carritos de la calle de Clay . . . los que andan solos . . . decir algo de Bancos . . . ver el templo chino, porque tú no has visto más que un adoratorio cualquiera, y sobre todo, volver á visitar el cementerio.

—Hombre! ¿pues no me llevaste tú con la Sra. A\*\*\*\*?

—Ni me lo recuerdes: te llevé con todos mis años . . . y á la mejor te dormiste como . . . no quiero recordar . . . como es tu costumbre.

—Tienes mucha razon; ¡qué vergüenza! voy á enmendarme y á hacer lo que me dices . . . venga acá la tirita de papel.

—La vas á perder.

—Hombre, no tengas cuidado.

Vamos para la calle de Clay y estudiemos los carritos.



Al pasar por la calle de Kearny, frente á las casas del Ayuntamiento ó *City-Hall*, encontré á un amigo á quien comuniqué mi intento de ir á ver cuidadosamente los carritos que andan solos.

El amigo me ofreció su compañía, porque yo no he visto en mi vida persona más entusiasta por los ferrocarriles urbanos.

—Ellos, me decía, aceleran los negocios, porque son calles que andan y van al encuentro de ellos, permiten al pobre comodidades, porque sin alejarse de los negocios, ponen á su alcance habitaciones cómodas y baratas, siendo esto un gran elemento para la salubridad; ellos son su abrigo en el invierno, su seguridad en la noche y su recreación en los días de descanso.

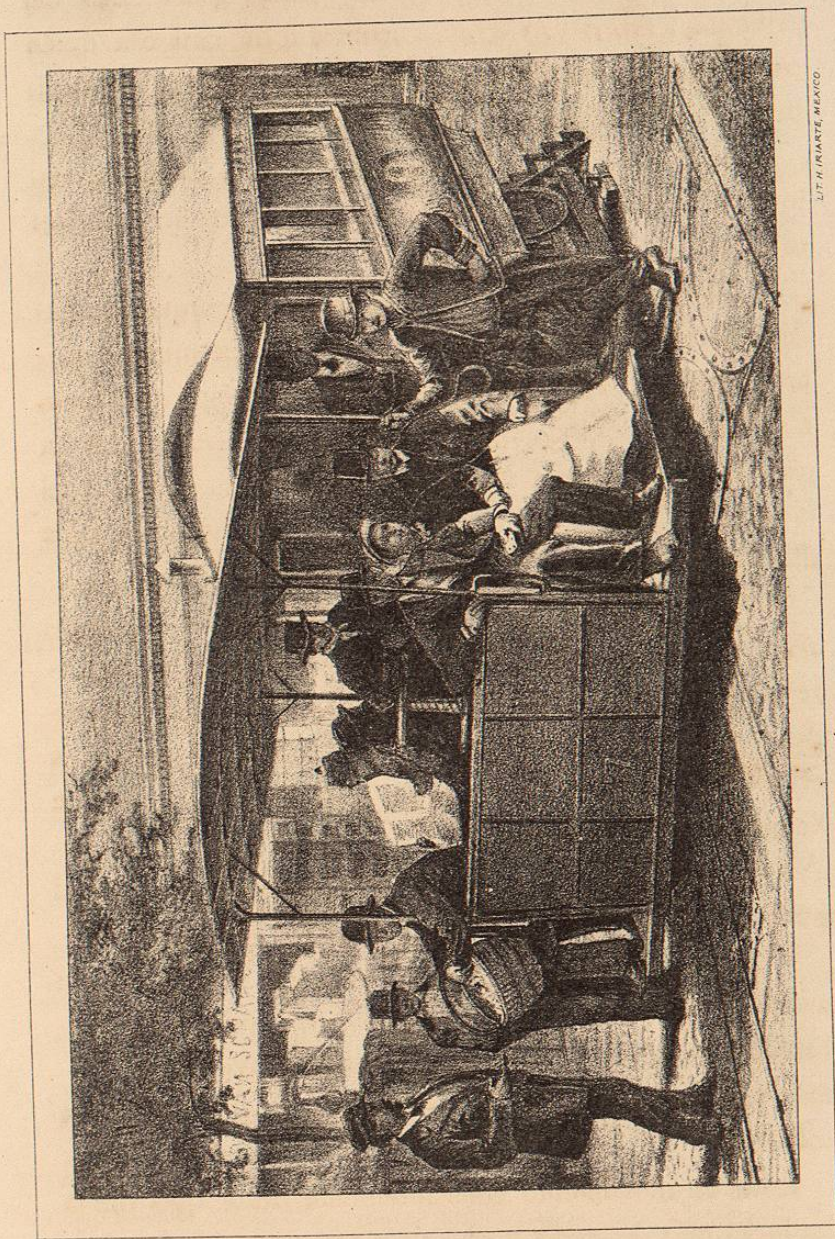
Ellos han transformado en jardines los arenales, los lugares desiertos en paseos y plazas, y los antros de malhechores en quintas risueñas, de que se han apoderado las modestas fortunas. Vd. ve, me decía: el ferrocarril urbano es el carruaje comun, es el nivel por elevación, que es lo que engrandece á los pueblos.

—Segun eso, repliqué yo, es decir, segun la acogida del público, debe tener cierta riqueza ese tráfico.

—Le diré á vd. lo que yo sé, me dijo mi indulgente amigo. Por ahora, digo por ahora, porque aquí son los cambios diarios en todas materias; por ahora, hay ocho compañías que emplean ochocientos hombres y mil quinientos caballos.

Están en movimiento constantemente desde que sale la luz hasta más de media noche, doscientos carros, recorriendo una extensión, en todas direcciones, que se ha calculado

VIAJE DE FIDEL.



Los Wagonnes de la Calle de Clay.